HISPANIDAD EN EL ESCORIAL

Texto del discurso pronunciado, el día 12 de junio de 1963, por el excelentísimo señor Ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, en el acto de clausura del Congreso de Instituciones Hispánicas, celebrado en el Monasterio de El Escorial.

Estamos en este Monasterio de El Escorial, que acaba de cumplir cuatro siglos y cuyo fundador quiso que fuera, mucho más que un gigantesco exvoto por la victoria lograda, un mausoleo real sin precedentes desde la pirámide de Keops, un excepcional relicario de la religión y del arte o una academia y una biblioteca animadas por el más claro espíritu renacentista, pues la creación escurialense es antes que nada voluntad de síntesis y expresión de una época.

El Escorial, expresión de una época

El Escorial es, en efecto, como ha afirmado una voz autorizada en el mundo del arte, la materialización de un anhelo típicamente renacentista. Felipe II, que en el plano político no pudo ver cumplidos sus propósitos de conciliación entre las dos mentalidades —medieval y moderna— a que podríamos reducir, no sin violencia, las múltiples y contradictorias corrientes de la época, logró, en cambio, en el orden estético, una síntesis original —perfilada como otras grandes obras de la Humanidad, al ritmo de su propio crecimiento— con esa superación conciliadora que es un estilo nuevo. Por eso ha podido decir Fernando Chueca, en un magistral estudio recientemente publicado en la «Revista de Occidente», que «El Escorial es el espejo del alma compleja y múltiple de un rey al que la Historia ha solido contemplar casi siempre con mirada unilateral y sectaria»; «el mejor testigo de sus anhelos, su verdadero mensaje a la posteridad».

Idea de los Institutos de Cultura Hispánica

No podemos desdeñar en consecuencia el hecho de que haya sido aquí, bajo estas bóvedas que cobijan tanta grandeza, donde un grupo de escritores y universitarios de América y España espontáneamente, con entusiasta sencillez y sin programas previos, al margen de todo estímulo oficial, acertaran a concretar la misión comunitaria de los

pueblos hispánicos en el mundo de nuestros días y formularan por vez primera la idea —imprecisa hasta entonces— de lo que después habían de ser, en toda la amplitud de nuestros dos continentes y en el archipiélago filipino, los actuales Institutos de Cultura Hispánica.

El 4 de julio de 1946, en la cámara del rey don Felipe de este Monasterio de San Lorenzo del Escorial, el gran escritor nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, como presidente general y de acuerdo con una iniciativa mejicana, leyó el documento de fundación del Instituto Cultural Iberoamericano. El propósito de estos fundadores, hasta ahora fielmente servido, se cifraba en afirmar y defender por todos los medios adecuados la personalidad espiritual de la comunidad de los pueblos hispánicos.

Como consecuencia, los Institutos de Cultura Hispánica de las dos riberas del Atlántico y de las Islas Filipinas no son entidades de simple colaboración bilateral entre países, ni mucho menos —a semejanza de otras conocidas instituciones— órganos de penetración espiritual de uno de ellos en todos los demás; los Institutos de Cultura Hispánica tienen la peculiaridad de ser y querer ser instrumentos de entendimiento y de cooperación entre todos y cada uno de los pueblos iberoamericanos, situados en un mismo plano, precisamente con el propósito de fortalecer día tras día nuestra conciencia de unidad.

NUESTRO IBEROAMERICANISMO; UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

No pretendo yo ahora definir nuestro iberoamericanismo, pero sí puedo subrayar que es, ante todo, una conciencia de unidad. Unidad, pero no uniformidad, porque se trata de una suma coherente de diversidades que explican y enriquecen nuestro pasado, nuestro presente y nuestro porvenir.

Por tanto, no podemos ni debemos ofrecer un repertorio único de soluciones para los problemas que tenemos planteados los distintos países iberoamericanos. Nuestra comunidad de espíritu no supone y no precisa un patrón con perfiles ideológicos fijos que haya de ser utilizado indistintamente en todo el mundo hispánico. Debemos huir, por el contrario, de cualquier uniformidad de programas; comprender que nuestras respectivas soberanías, aunque interdependientes, deben ser respetadas, y observar con la máxima comprensión los esfuerzos que para resolver sus propios problemas realicen los pueblos hermanos.

Ideología y pragmatismo

Un escritor político europeo, el profesor Maurice Duverger, ha podido decir recientemente que, «al contrario de lo que afirma una opinión muy extendida, no es un exceso de empirismo, sino un exceso de ideología, lo que disminuye frecuentemente la eficacia de la acción (exterior) de los Estados Unidos». Los iberoamericanos debemos evitar este riesgo. La comunidad espiritual de nuestros pueblos, que los une indisolublemente en lo más hondo, hace innecesarios los ideologismos de exportación, permite que cada cual busque y encuentre en lo político, en lo social y en lo económico sus peculiares soluciones, levantando —en este mutuo respeto— el edificio uno y vario de la Hispanidad.

Así, al menos, lo intentamos los españoles en nuestra tarea de perfeccionar una fórmula política propia, convencidos de que es en la raíz de nuestro propio ser histórico y actual en donde hemos de encontrar la clave de nuestra solución. Así es también como nos atrevemos a pensar que se presenta la situación en Hispanoamérica. Aquí, como allá, el problema nos parece que consiste en ver la realidad de frente, y ahondando en ella y en nuestros propios e intransferibles problemas, dar con la fórmula original y también intransferible que nos asegure el Estado auténtico, representativo y vigoroso, que en el fondo es, en esta hora de crisis ideológicas y políticas del mundo, la gran necesidad de muchos países. Hemos de abordar esta tarea con espíritu juvenil e innovador, como corresponde a la nuestra, que es una comunidad de pueblos jóvenes. Pues si aquí encontráis vuestro viejo solar familiar, no olvidéis que está habitado por un pueblo también joven. Cuando penséis en España, os ruego que recordéis una idea de nuestro gran filósofo Xavier Zubiri: «No es que los griegos sean nuestros clásicos; es que, en cierto modo, los griegos somos nosotros.» Quiero decir: ni España ni Europa son vuestros antepasados históricos. Europa está actualizada en vosotros. España es también Hispanoamérica, sois vosotros mismos.

Sin detenernos en la lección múltiple que se deriva de estos encuentros, deseamos subrayar ciertos hechos especialmente importantes y que corroboran, no es preciso decirlo, aquella conciencia y aquella aspiración de unidad iberoamericana que hace diecisiete años proclamó la aludida «Declaración de El Escorial».

Iberoamérica, síntesis de razas y culturas

Queramoslo o no, Iberoamérica es —como tantas veces se ha dicho— un prodigio de síntesis. Síntesis de razas y culturas moralmente

logradas en algunos aspectos capitales, que se halla en otros órdenes camino de perfección, pero que ofrece a nuestros contemporáneos —gravemente escindidos— el reto esperanzador de lo que puede ser, a través de un mestizaje de sangre y espíritu que sólo puede tener raíces cristianas, el mundo del mañana.

Nuestra situación histórica, es decir, la posición de la mayoría de los pueblos iberoamericanos, aunque con diferente graduación entre ellos, dadas sus estructuras socio-económicas, es intermedia entre las regiones del planeta que viven plenamente las características de la sociedad industrial y las zonas menos desarrolladas. Constituímos por todo eso, con independencia de regímenes internos y orientaciones internacionales, una baza decisiva en el gran juego de la confrontación Este-Oeste. Es cierto que, precisamente por nuestras raíces cristianas e hispánicas y sólo por ellas, nos sentimos hondamente ligados al espíritu y al destino de Occidente; pero a nosotros —a todos los iberoamericanos— toca decidir si hemos de ser agentes de los acontecimientos que nos esperan o solamente objeto de ajenos mercados, y en la más trágica de las eventualidades, pasivo campo de batalla.

Tenemos un pasado glorioso, tanto en común como en el curso histórico de nuestras nacionalidades independientes. Un pasado que cuenta en su haber con algunas de las más nobles realizaciones del espíritu humano. Estas propias piedras, patrimonio de todos los hispánicos, puesto que son recuerdo y testimonio de la secular convivencia de nuestros comunes antepasados, pueden ser muestra de ello. Con estos incentivos, pero sobre todo con el de los concretos intereses actuales de nuestros pueblos, hemos de edificar nuestro presente y nuestro futuro; sólo así podremos estar seguros de volver a ser protagonistas de la Historia.

Un gran proyecto histórico: el «Imperio Atlántico»

Importa esto a los demás, créanlo o no, tanto como a nosotros. Sin el concurso de Iberoamérica, libre y dignamente incorporada al diálogo histórico de nuestros días, el futuro de lo que llamamos civilización occidental es más que incierto. No olvidemos que fué en torno a estas piedras escurialenses y a su regio fundador donde surgió —hace cuatro siglos— un gran proyecto histórico que tiene resonancias actuales: la idea filipina del «Imperio Atlántico», que han estudiado entre nosotros con singular agudeza el duque de Maura y Luis Rosales, idea que, trasladada a las concepciones y al lenguaje de nuestro tiempo, supone un dispositivo político, económico y estratégico de coope-

ración entre todos los pueblos de ambas riberas del Océano. Felipe II y sus consejeros concibieron la posibilidad de que éste viniera a ser el mar interior de una nueva civilización occidental e imaginaron un edificio político de gigantescas proporciones, asentado sobre las dos orillas del Atlántico. No encontró don Felipe el constructor que, como Toledo, Herrera o Villacastín, levantara este quimérico Escorial y realizara este sueño político, pero nos dejó la herencia de su pensamiento, más jugoso y variado de lo que muchos han podido creer.

Fué un vaticinio, una utopía renacentista, que sólo nuestra época —aunque sea bajo otras formas sociales y políticas— puede hacer realidad. La idea filipina del «Imperio Atlántico», multirracial y multinacional, proporcionado sólo a la magnitud de la construcción escurialense, no es más que un antecedente, pero válido, desde luego, como solución actual y adecuada a los problemas de Occidente.

Una necesidad actual: la cooperación euroamericana

La Europa unida del mañana, al establecer su necesaria colaboración con los Estados Unidos, no ha de prescindir de los demás pueblos de aquel continente. Y, por otro lado, el diálogo de las dos Américas sólo cobrará hondura, firmeza y trascendencia con la participación europea, que entraña por modo eminente —aunque sin exclusivismo— esa relación triangular de que habló no hace mucho el secretario de Estado norteamericano, Mr. Dean Rusk; es decir, la presencia de España y Portugal.

En realidad, ese gran coloquio en triángulo es la clave misma del entendimiento occidental. Debemos convencernos: lo que sucede en Europa, los procesos que estamos viviendo los países europeos, atañen directamente a Iberoamérica, constituyen para ella una experiencia ejemplar que debe ser escrutada con toda atención, porque Europa está en la esencia misma de Iberoamérica. En este sentido, creo que podemos decir que la comprensión cabal por parte de los Estados Unidos de los problemas europeos supone, como condición previa, la comprensión de los problemas iberoamericanos y viceversa. Unos van unidos a los otros por una raíz profunda, hundida en el légamo mismo de la Historia. Si los Estados Unidos nos entienden a los europeos, entenderán también a los iberoamericanos.

Por nuestra parte, el 12 de octubre de 1961, hablando en el Monasterio de la Rábida con ocasión de la Fiesta de la Hispanidad, pudimos exponer algunos puntos de vista a este respecto: «Sólo una nueva «comunidad atlántica» —decíamos entonces—, entendida como fórmula de cooperación internacional entre Europa y las dos Américas y

dotada de contenido no sólo estratégico y económico, sino también político y espiritual, podría ser la respuesta proporcionada a la magnitud del reto comunista y la solución a los más hondos problemas de los pueblos históricamente establecidos a los dos lados de nuestro Océano.» «En definitiva, creemos que es preciso —seguíamos diciendo— adelantarse a los acontecimientos en vez de irles a la zaga, y construir desde ahora un instrumento de eficaz colaboración euroamericana susceptible de atraer a esa futura «comunidad atlántica» a los nuevos países africanos y capaz de afrontar con éxito las insólitas circunstancias del mundo en que vivimos.»

En pro de una «comunidad atlántica»

Contemporáneamente, en ese mismo octubre de 1961, el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Alta Cámara norteamericana, senador J. W. Fulbright, publicaba en la revista «Foreign Affairs» un amplio estudio en que se llegaba a conclusiones semejantes, afirmando que la necesaria unificación europea había de ser completada y perfeccionada con la formación de una más amplia «comunidad atlántica», comunidad que habría de integrar y fortalecer los actuales lazos estratégicos, económicos y políticos entre los países interesados, fundamentándose «no sólo en el peligro común, sino también en valores y en aspiraciones que nos son comunes».

Posteriormente la idea ha seguido teniendo un eco creciente como consecuencia, sobre todo, de su adopción por destacadas figuras estadounidenses, aunque, a decir verdad, en estos proyectos de colaboración euroamericana se olvida indebidamente la capital participación de los países al sur de Río Grande.

En estos mismos días, autorizadas voces de ambos continentes, con entonaciones diferentes, pero con fundamentales coincidencias, han vuelto a poner en primer plano la necesaria colaboración entre Europa y América. Lester Pearson ha afirmado su necesidad en la Conferencia de Ottawa, y el general De Gaulle, en un viaje reciente a las tierras antiguas de la Hélade, ha proclamado también su afirmación de principios y su sólida adhesión «a la alianza formada de una y otra parte del Atlántico, sin la cual el universo se encaminaría al peor de los caos».

España, puente entre Europa y América

Quede bien claro que es dentro de estos supuestos como entendemos nosotros la idea de la «comunidad atlántica», concepto que, pese a su aparente novedad, tiene —como hemos visto— hondas raíces en

el pensamiento político español. España puede, en consecuencia, reafirmar en estos momentos una doble vocación: de un lado, su vocación europea, que hoy deseo reiterar aquí solemnemente. España es parte viva e inseparable de Europa, y por ello nuestra línea europeísta es decidida e inequívoca y responde al sentido de nuestra historia. No hay en esto ninguna novedad. Si España se ha aproximado espontáneamente a los proyectos de integración europea —como a cualquier otro proyecto de positiva cooperación internacional—, no es en virtud de una maniobra política imputable a un régimen o a un gobierno. Es en servicio de un interés permanente de España misma y pensando en el futuro de nuestro pueblo.

Al lado de esa vocación europea está nuestra indeclinable y también radical vocación americana y la convicción de que sólo con el entendimiento cooperador de todos los pueblos que viven a orillas del Atlántico —sin olvidar a los de Africa— será eficaz nuestra respuesta al desafío que hoy se nos ha lanzado. Esta vocación bifronte está en la sustancia misma de España y hace de ella un país original y clave de la comunidad occidental.

Nos hemos referido ya, aunque haya sido en líneas generales, al primero de los temas de que se ha ocupado el Congreso; es decir, al origen, al concepto y a la orientación, ya que no a sus actividades concretas, de los Institutos de Cultura Hispánica, así como al sentido de nuestro iberoamericanismo frente a la actual hora crítica del mundo.

Permitidme ahora que examine algunas otras de las facetas que han sido objeto de vuestro estudio, porque ha de ser más fácil hacerlo a la luz de las anteriores reflexiones, esto es, reflejando sobre estos aspectos concretos de orden económico, social y cultural nuestra idea de Iberoamérica y de su función en el mundo de nuestros días.

Colaboración euroamericana en el ámbito económico y social

Habéis tenido el acierto de escoger para vuestras reuniones otros dos temas de innegable actualidad: «el Mercado Común Europeo y su repercusión en Iberoamérica» y «la problemática del cambio social en los países hispanoamericanos». Previamente hemos dicho que no podíamos ni debíamos detenernos en un examen detallado de vuestras conclusiones. Estimamos, por el contrario, imprescindible afirmar aquí nuevamente que, cuanto hemos dicho en términos generales con respecto al sentido histórico y a los alcances políticos de la necesaria

colaboración euroamericana, ha de ser reiterado con mucha más razón por cuanto se refiere al ámbito económico y social.

Si hemos proclamado ya que nuestra concepción de una futura «comunidad atlántica» y de cualquier otra forma válida de colaboración euroamericana no está fundada en ningún intento exclusivista que pretenda monopolizar estas relaciones en provecho de España, porque creemos que no son sólo los llamados pueblos latinos, sino Europa entera, la que tiene que disponerse a esta histórica empresa, con mayor motivo habremos de entenderlo y declararlo así cuando se trata de promover el desarrollo económico y social de los pueblos iberoamericanos.

En todo momento el Gobierno español ha afirmado, como sabéis muy bien, la necesidad de que Europa y Norteamérica no olviden, no sólo por razones de justicia, sino por una elemental prudencia política, que los problemas económicos y sociales de los países hispánicos deben considerarlos como propios en un mundo cada vez más reducido por la aceleración de las comunicaciones; un mundo en que, acercándonos unos a otros, las nuevas técnicas han venido a poner ante nuestros ojos con singular evidencia la eterna verdad de que todos somos hijos de Dios. En el orden práctico, esta verdad ha cuajado en una realidad política ya insoslayable: el diálogo entre las naciones ya no puede edificarse si no es sobre la base de la igualdad entre ellas. No sería tolerable que hubiera naciones de primera o de segunda clase en la sociedad internacional.

Gravitación de Iberoamérica en la política española

España, por eso, en todas las posibles ocasiones, ha expuesto ante los diferentes Gobiernos de Europa y ante el de los Estados Unidos, especialmente a través de directos contactos personales, su honda preocupación por el futuro económico-social de los países hispánicos, relegados con frecuencia a un olvido injusto. Incluso en momentos en que esta actitud podría afectar a nuestro propio interés, no hemos olvidado a los pueblos hermanos. Permítaseme citar solamente dos casos, dada su especialísima importancia: el momento en que España suscribió el nuevo Convenio fundacional de la OCDE en París, en enero de 1960, y aquel otro en que nuestro Gobierno solicitó, en febrero de 1962, entablar negociaciones para una futura incorporación a la Comunidad Económica Europea.

Quede claro, por eso, que en ningún terreno político o económico, ni aún siquiera en el cultural—aunque reivindicamos las razones

históricas de nuestra comunidad y los derechos de nuestra estirpe—, entendemos a Iberoamérica como un coto cerrado para los pueblos de habla española y portuguesa. España, que desearía ver cómo los pueblos de Europa y de América del Norte acuden a Iberoamérica con espíritu de colaboración y de ayuda a la resolución de los grandes problemas humanos que allí se debaten, reivindica para ella un solo privilegio: el del mayor desinterés y la más decidida entrega al servicio de estos pueblos iberoamericanos, cuya unidad resume nuestras mejores tradiciones y alienta nuestras más ambiciosas esperanzas.

Diálogo de las lenguas

Junto a vuestros debates sobre las instituciones culturales hispánicas y los problemas económicos y sociales, habéis trabajado también sobre un tema palpitante del que quisiera hablar con brevedad: el presente y el futuro de nuestro idioma común. Toda la atención a este problema será siempre poca. Recordemos que la lengua es, en definitiva, la base última, el cimiento más profundo de nuestra comunidad, pues no es ella mero mecanismo de diálogo, sino vehículo del espíritu, expresión de una radical aproximación de los hombres.

A esta aproximación ha servido nuestra lengua desde el nacimiento mismo de América, desde que se hacía balbuciente idioma en la boca de los primeros intérpretes que traducían el conmovedor diálogo de indios y españoles; desde que las gentes de España les decían las primeras palabras castellanas a los atónitos hermanos de América y alumbraba sobre ellos una especie de pentecostés del entendimiento; desde que los indios nos regalaban la primera palabras que nos venía de América, la palabra «canoa», para que Nebrija la incrustase en su diccionario al año mismo del descubrimiento, y nos enseñaban, junto al nombre del humilde esquife aborigen, los nombres de los seres y las cosas de la América inmensa y lejana, y nosotros decíamos por la primera vez puma y cóndor, mate y quina, pongo y sabana, pampa y huracán.

El vasto y diverso solar del idioma

Este idioma común, en el que al fundamental tesoro de la lengua castellana en trance de esplendor se unió el rico venero de los vocabularios indígenas —salvados por la gigantesca obra de los lingüistas españoles de la época, que en poco tiempo fueron autores de más de

mil gramáticas y diccionarios de las lenguas aborígenes—, tiene hoy un solar común que excede de los originales límites de la tierra española matriz. Su solar es el de toda nuestra comunidad, y en cada una de sus ciudades puede tener la lengua su tiempo de grandeza y su capitalidad.

Es importante que todos seamos conscientes de ello para que nadie abdique de la responsabilidad de cuidar este patrimonio. Nadie posee entre nosotros un monopolio y una exclusividad de la lengua común, y las diferencias que advirtamos entre nosotros responden a la rica diversidad que alienta dentro de nuestra unidad lingüística, como ocurrió en la evolución regional de la lengua española dentro de las propias fronteras peninsulares. En este sentido, nosotros los españoles vemos en los matices de nuestra lengua en ultramar formas purísimas y castizas del español original, suaves acentos de nuestras regiones, vocablos antiguos llenos de riqueza expresiva que entre la mayoría de los españoles han perdido vigencia y que perviven, vigorosos y fecundos, en vuestras tierras como en ciertas comarcas de la nuestra.

El legado de las letras hispánicas al mundo

Esta es la lengua común, que debemos proteger y exaltar. Y ello no solamente porque es el medio de nuestro entendimiento recíproco y la base de nuestra cohesión comunitaria —es decir, de nuestra potencia—, sino porque, como vehículo espiritual, es el instrumento de nuestra aportación a la cultura universal. Es la lengua en la que llevamos siglos enriqueciendo la literatura del mundo; la lengua que sirvió para expresar el doble mestizaje —de sangre y de espíritu— del príncipe Fernando de Alva Ixtlichótitl o del inca Garcilaso de la Vega, y que salvó de la muerte la capacidad de expresión literaria indígena dotándola de un instrumento universal. La lengua que, en más de cuatro siglos ya, fué gracia juvenil y empuje de inmensa y creyente libertad en Sor Juana Inés de la Cruz; lección de clasicismo en Andrés Bello; espíritu romántico en Jorge Isaacs; fresca poesía de la pampa, con olor a cuero y yerba mate, en José Hernández; nostálgicas «tradiciones» en Ricardo Palma; agudo ensayo en Montalvo; ardorosa palabra en José Martí; deslumbrante lírica en el gran Rubén; verso desgarrado en José Asunción Silva; poder de evocación en Larreta; humanismo y profundidad en José Enrique Rodó; ritmo trepidante, como las escenas de la revolución, en Mariano Azuela; entrañable ternura en la dulce Gabriela Mistral; arrebato de amor en Juana de Ibarbourou; egregia prosa, en fin, en Rómulo Gallegos,

José Eustasio Rivera, Alfonso Reyes o Jorge Luis Borges y en tantos otros que desde el otro lado del Atlántico nos han dado a los españoles el orgullo de participar de su gloria literaria como ellos participan de las nuestras, y que al mundo han dicho su palabra en la misma lengua que un día fué el romance niño de Castilla.

Lo que habéis cumplido aquí es, por tanto, tarea de máxima vitalidad. Viene a añadirse a la misión vigilante y orientadora de los Congresos de las Academias de la Lengua que en Méjico, Madrid y Bogotá plantearon ya su preocupación por nuestro idioma, en el que se entiende uno de los bloques de naciones más importantes del mundo.

Arte de América y España

Finalmente, quiero recordar que esta gran reunión de hoy se ha celebrado en Madrid a la par que la magna Exposición de la pintura de América y España, organizada también por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Quisiera llamar la atención de ustedes sobre este hecho. Significa que España, fiel a esta condición «americana» que forma parte de su ser histórico, identifica las inquietudes de su arte con las del arte de América y no limita esta solidaridad a los países más directamente ligados a ella dentro de la comunidad hispánica, sino que la extiende a todo un continente que, al fin y al cabo, fué ella la que lo descubrió y en donde se encuentran huellas de la cultura española desde Alaska a la Tierra del Fuego. Al presentar las obras de los artistas de América al lado de las suyas propias, España quiere subrayar de nuevo su voluntad de estar en línea con el arte joven de un continente joven, al cual, por lo menos de manera espiritual, ella también pertenece. Un gran pensador español, José Ortega y Gasset, dijo hace años —justamente desde las páginas de la revista «Mundo Hispánico»— que los españoles que fueron a América a descubrirla, conquistarla y colonizarla eran ya, en cierto modo y gracias a su decisión de partir, los primeros americanos. Pues bien, creo yo que podríamos añadir que, puesto que aquellos hombres eran España —y no esporádicamente, sino a lo largo de tres siglos—, toda España es también un poco América. No tiene, pues, nada de extraño que pintores americanos y españoles aparezcan juntos en esta exposición, que viene a continuar con su presencia brillante el gran éxito de aquella primera Bienal de Arte Hispanoamericano de Madrid, que fué, hace trece años, un verdadero aldabonazo en la historia de la pintura de nuestro tiempo.

Pero nuestra identificación con los frutos de la cultura de América no se limita a la actualidad ni siquiera a los siglos en que la presencia física de España en el continente americano produjo el hermoso arte virreinal. Incluye también el bello y misterioso arte indígena, el fascinante producto de las culturas aborígenes que nos habían precedido en la vida de América. Recordemos que, en definitiva, los primeros indigenistas de América fueron los españoles, que conservaron lo que hasta nosotros ha llegado de las culturas precolombinas, que escribieron los primeros tratados de arqueología, antropología o filología y que, en suma, hicieron posible que hoy Hispanoamérica esté habitada aún por millones de indios.

Respondiendo a esta preocupación secular, España se propone organizar para un futuro próximo el envío de una misión arqueológica a Hispanoamérica para que, en contacto con sus colegas de aquellos países, los investigadores españoles puedan cooperar a nuestro mejor conocimiento y al estudio de las antiguas culturas indígenas, de cuya rica vena espiritual fluyó una corriente que, a través del mestizaje realizado por España, se encarnó en buena parte de las manifestaciones de la actual cultura de América.

Estos son los propósitos y reflexiones que vuestra asamblea me sugiere. Quiero ponerlos en vuestras manos con un ademán de esperanza, porque estoy convencido de que el simple hecho de habernos querido reunir, ya es en sí un primer acto de voluntad comunitaria.

EL ESCORIAL, SÍMBOLO DE ESPERANZA

Antes de terminar deseo daros la enhorabuena y las gracias porque, trabajando con tenacidad, rigor e inteligencia, habéis cumplido vuestra tarea felizmente, en bien de la comunidad. Mi agradecimiento se dirige especialmente a los amigos que, no perteneciendo a aquélla, nos han acompañado con su saber y su fervor hispanistas.

Y puesto que vamos a separarnos, permitidme unas finales palabras de optimismo. Nos hemos acogido, para cerrar nuestra reunión, a un gran símbolo: la sombra ilustre de estas piedras. Nuestro gesto dará frutos porque —como os decía al iniciar mis palabras— éste es un símobolo vivo y profundo y significa la voluntad de un gran rey que amaba la unidad, el orden y la universalidad, y al que sirvieron unos arquitectos que, sacando del caos geológico de estos montes la piedra de El Escorial, dieron con ella una suprema lección de unidad

y orden geométrico. Y sobre la selva armónica de chapiteles, pináculos, cimborrios y veletas —en los que canta el fuerte viento de Castilla— alzaron, junto a las cruces, una constelación de esferas que simbolizan la forma acabada y perfecta y recuerdan la «terrestre esfera» del verso de Camoens y el globo ecuménico que un marino español de mi costa vascongada había completado, dando así al espíritu del hombre un espacio mayor para su vuelo.